



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 36.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO:

El Jugador, por D. Antonio Morales Durán.—**A M...** poesía por Don M. G. P.—**Solo un Dios y solo un culto**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**¿Cuándo vuelves á tu patria?** poesia por Don G. Méndez.—**El Rey ciego**, leyenda, por Don Francisco Jimenez Campaña.—**Variedades**.

EL JUGADOR.

LEYENDA.

(CONCLUSION.)

Sentia el miedo del vicio; parecíale que no podría contenerse ante la mesa de juego; un mundo de recuerdos ofuscaban su mente. Vaciló algunos instantes, pero despues se dijo: La virtud necesita probarse, probemos. ¿Seré tan cobarde que varíe de propósito? No, todo hombre tiene energía de carácter cuando le conviene.

Y concluir de hacerse esta reflexion y subir la escalera fué una misma cosa. Al cabo de ella, se encontró en un salon perfectamente iluminado y amueblado con un lujo deslumbrador. So-

bre una mesa cuadrilonga, cubierta con un tapete de bayeta verde, veíanse montones de oro y plata, muchos billetes de Banco y una porcion de barajas. Al rededor de la mesa habia un considerable número de hombres; unos sentados, otros de pié y no pocos de bruces sobre los espaldares de las sillas.

Allí estaban representadas todas las edades y todas las fortunas. Unos reian, otros murmuraban una blasfemia; quien se tarazaba los labios; quien se mesaba los cabellos con desesperacion; jóvenes que se mordian las uñas con coraje, viejos que golpeaban el suelo con sus piés. En muchos ojos se revelaba la alegría; en otros la incertidumbre, la mal reprimida cólera ó un profundo abatimiento, y en todos ellos la impaciencia por conocer el resultado de las jugadas que verificaba el banquero. Mientras éstas ejecutábanse, reinaba en la sala un gran silencio, interrumpido de vez en cuando por algunos de los que en ellas tomaban parte; pero al concluirse, un murmullo imposible de calificar dejábase oír por todos los ámbitos del salon.

Aquella sala era el recipiente de la amalgama de placeres, dudas, esperanzas, penas y satisfacciones que se forman en todo lugar donde se

espone el dinero, se pierde la calma y muchas veces hasta la honra. Un pot-purri de emociones, si se nos permite la frase; un templo erigido al vicio.

Las casas de juego presentan á nuestros ojos los más despreciables é indignos cuadros que la humanidad puede inspirar á la mente del escritor y al pincel del artista.

Pedro no pudo por menos que sentirse vivamente impresionado al penetrar de nuevo en una *timba*; en ella habia perdido su fortuna olvidando los deberes que impone la moral á un padre de familia: en ellas habia ahogado más de una vez los nobles sentimientos de su alma. Se sintió débil é impulsado por una fuerza misteriosa hácia aquella mesa en la que podia *desquitarse*. Recordó las prevenciones de Enrique, el objeto que habiále conducido á París y le pareció vergonzoso é indigno faltar á la palabra dada al comerciante y á su mujer. Vaciló un momento, pero despues, casi sin darse cuenta de lo que hacia, llevóse la mano al bolsillo y sacando de él algunos billetes los arrojó á una carta. Brillaron sus ojos con el fuego de la fiebre, palidiecieron sus mejillas y temblaron sus piernas.

En aquel instante salia la *contraria*. Fijó Pedro una mirada estúpida sobre el tapete y abatido, ciego de colera, loco de dolor, lanzóse á la calle.

—¡Oh, desgraciado de mí! murmuraba con temblorosa voz, andando á la ventura. He perdido una cantidad considerable que de orden de Enrique tenia precision de entregar á un comerciante y me es imposible satisfacer esa suma.

¿Cómo me presento al hombre que tan generosamente me ha protegido, para decirle:

«He pagado la deuda de gratitud que contigo contraí abusando villanamente de tu confianza.» Nunca, nunca sería capaz de levantar mi frente manchada por el crimen ante el amigo que depositó en mí su cariño.

Me acusarán de ladrón; me espera una vida de horribles remordimientos, de humillacion, de miseria.

En tales reflexiones pasó Pedro algunas horas recorriendo un gran trecho de poblacion.

Era la una de la madrugada y Enrique preocupado por la tardanza de Cienfuegos decia á un dependiente en su establecimiento:

—¿No le llama á V. la atencion que D. Pedro aun no haya vuelto á casa desde esta tarde?

—Sí, señor, eso es muy extraño; él, que se recoje tan temprano las raras veces que sale, no haber venido aun.... repuso el interpelado en tono insinuante.

—En fin, ya parecerá; creo lo más oportuno irse á dormir.

—Como V. guste.

—Buenas noches, dijo el comerciante dirigiéndose á su dormitorio.

—Felices, señor, contestó el dependiente encaminándose al suyo.

Media hora despues reinaba un profundo silencio en el establecimiento de Enrique de Villar.

Al dia siguiente por la mañana aun no habia llegado Cienfuegos y su ausencia era el tema de todas, ó la mayor parte de las conversaciones que tenian lugar entre sus compañeros de escritorio.

El jóven que estuvo con Pedro en el café, refirió á otro, suplicándole el secreto, haberlo visto apuntar á una carta y desaparecer al momento, pero ignoraba qué resultado tuviese su jugada y hasta la cantidad espuesta.

Enrique recordó haberle entregado los billetes pero se dijo:

Seria una ofensa imperdonable sospechar de él. Cienfuegos, apesar de sus vicios, ha sido siempre honrado.

Aquella tarde salió el del Villar en carretela descubierta á dar un paseo por las orillas del Sena. Un grupo de personas detuvo la marcha del carruaje y Enrique, movido por la curiosidad, preguntó al cochero:

—¿Qué es eso, por qué no sigues?

—No puedo, señor, me lo impide la gente.

—¿Qué ocurre?

—Sacan un hombre del rio y algunos gendarmes se han parado delante del coche, rodeado por la multitud.

Enrique palideció y sintió oprimido su pecho. Pensó en Cienfuegos y un triste presentimiento martirizó su alma. Lanzóse del carruaje y dirigióse hácia los agentes de policia, no sin trabajo. Al aproximarse á ellos dió un grito de angustia. Acababa de reconocer á Pedro conducido en brazos de dos obreros.

—¿Vive?—exclamó el comerciante con desfallecida voz.

—¡Ha muerto!—le respondió con solemne acento un individuo de orden público.

—¡Infeliz amigo! repuso Enrique con los ojos arrasados de lágrimas.

—Lo conoce V? dijo su interlocutor.

—Sí, señor, ha sido empleado en mi establecimiento de comercio.

Se procedió á instruir el correspondiente sumario en averiguacion de la causa de la muerte de Pedro Cienfuegos. Declaró el jóven calavera; se registraron las ropas del cadáver y como no

se hallará el paquetito de billetes que le diera el del Villar, se creyó que los habría jugado y que por evitar la deshonra, se arrojara al Sena.

Al día siguiente se verificó con gran pompa el entierro de Pedro, costado por el comerciante, que quiso dar con esto una prueba del acendrado afecto que profesaba á su infortunado amigo.

Una pasión fatal condujo á la tumba á un hombre honrado que no tuvo el talento ni la energía suficiente para dominarla, en cumplimiento de los sagrados deberes que vino á llenar en el mundo.

¡Cuántas desgracias han ocurrido, acontecen y sucederán siempre por el repugnante vicio del juego!

III.

Dos años despues de haber tenido lugar los acontecimientos de que nos hemos ocupado en el trascurso de esta leyenda, en la puerta de un conocido café una infeliz mujer, jóven aún, tendia temblando su mano á los transeuntes pidiéndoles con un acento dulce como el gemido de un arpa una limosna por el amor de Dios. Aquella desgraciada tenía casi siempre á su lado una hermosa niña de unos diez años de edad, en el semblante de la cual la indigencia habia dejado impresas sus huellas. La mujer usaba un vestido negro y deteriorado, pero limpio, y la chiquela otro del mismo color y no en mejor estado. Eran madre é hija. Las infelices arrastraban una vida de horribles sufrimientos, pues la suerte les hacía espiar un crimen que no habian cometido. Un hombre las arrojó al abismo de la miseria al buscar en el suicidio remedio á los remordimientos que destrozaban su corazón. Este hombre era Pedro Cienfuegos, y en las infortunadas mendigas ya habrán reconocido nuestros lectores á su mujer y á una de sus hijas.

Al saber Ángela la muerte de su marido, comunicada desde París por Enrique, en una muy sentida y afectuosa carta, fué tal el dolor que embargó su alma que poco faltó para que en el colmo de la desesperacion no pusiera término á su existencia que se le hacia insoportable, pero Ángela era cristiana y madre. Pensó en sus pobres hijas y comprendió sus sagrados deberes para con ellas, y la fé, como ángel divino, le señaló al cielo prometiéndole un paraíso de ventura en la inmortalidad.

Á los dos meses bajó al sepulcro la mayor de las hijas de Ángela, y su pérdida fué un nuevo y agudo dardo que hirió su pecho.

Habia consumido sus ahorros; no tuvo para

pagar el alquiler de la buhardilla y la echaron á la calle sin compadecerse de su desgracia. No tuvo para dar de comer á su hijas, y haciendo un supremo esfuerzo atreviése á implorar la caridad pública. Ángela, que habia disfrutado de los placeres de la fortuna, llevó con paciencia los rigores de la miseria.

Enrique del Villar con una generosidad nunca suficientemente elogiada, remitió á la viuda de su amigo, algunas cantidades en letras de giro mútuo, pero cuando esto, ya Ángela no tenía casa ni hogar, y por lo tanto no llegaron á su poder.

.....

Una noche de Enero en que la cuitada Ángela pedía limosna en una de las calles mas concurridas, aterida de frio y procurando preservar de él á su hija con su vestido, un caballero anciano se le acercó y puso en su mano un pliego cerrado. Al ver á aquel hombre, Ángela dió un grito de alegría é intentó detenerle, pero no pudo conseguir su objeto porque el incógnito habia desaparecido como por encanto.

Á la luz de un farol, leyó Ángela el pliego que decia lo siguiente:

«La Caridad.»

Sociedad Benéfica.

Núm. 106.

«Os dignareis entregar mensualmente la cantidad de 75 pesetas á la dadora Doña Ángela Martin, viuda de Don Pedro Cienfuegos. Esta asignacion será vitalicia.

Señora presidenta de la Asociacion benéfica.
—«La Caridad.»

Calle de X, núm. 6 principal.

Al leer aquel documento que aseguraba su porvenir, Ángela estrechó en sus brazos á su hija y, derramando abundantes lágrimas, le dijo entre sollozos:

—El anciano que me ha dado este pliego es el mismo que fué á nuestra buhardilla á socorrernos antes de que tu padre marcharse á París.

Hija mia, sufre siempre con resignacion y no dudes nunca que la misericordia de Dios es infinita y que en la tierra premia la virtud.

Antonio Morales Durán.

Á M.....

Triste, y sombría, y pavorosa y lenta
fuera la noche envuelta en su capuz,
si una estrella purísima no hubiera
en el espacio azul.

Y noche eterna mi existencia fuera
sin norte fijo ni apacible luz,
si en el cielo sereno de mi alma
no aparecieras tú.

Árido y yermo, é infecundo el valle
no sonriera ante el ardiente sol,
si no brotara de su seno, casta
la delicada flor,

Y campo estéril sin encanto alguno
fuera también mi pobre corazón,
si no le perfumara la azucena
de tu primer amor.

Aura serena, trasparente gota
de rocío suave y matinal,
es la sonrisa de tus labios rojos
sencilla y virginal,

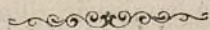
Y de tus ojos el ardiente rayo
cándido, y amoroso, y celestial,
se asemeja á la luz con que ríela
la luna sobre el mar.

¡Ay! si eres palma que al viajero presta
grata sombra y abrigo protector,
si eres un serafín, que hasta la tierra,
mandó clemente Dios;

Si en tu alma pura la virtud anida,
si en tu frente sin par brilla el candor,
si la virtud inmaculada y santa
mora en tu corazón;

Sé lucero esplendente de mis noches,
sé de mis días venturoso sol,
sé mi dulce esperanza, tú que eres
el ángel de mi amor.

M. G. P.



SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

El desmayo de la joven produjo el trastorno
que era consiguiente.

Héctor, al verla en sus brazos pálida y sin vida, habia dado un grito, al cual habian acudido primero Ricardo y Fanni, y despues algunas de las demás personas que se hallaban en el jardín.

—Qué es esto, padre mio? preguntó Fanni viendo á su amiga sin sentido.

—Oh! tranquilícese V., señorita, dijo uno de los circunstantes; tranquilícese V., esto no será nada, un vaido.... el fresco de la noche; pero teniendo á mano un frasco de sales volverá al instante en sí.

Elena fué colocada en un banco de césped una doncella trajo al punto algunas esencias, que aplicadas á la nariz de la enferma, la hicieron estremecer y dar un profundo suspiro.

Fanni tomó su mano, la colmó de caricias, y la preguntó mil veces antes de que pudiera hablar.

—Qué tienes? por qué ese trastorno? qué te ha puesto así?

La joven abrió los ojos al escuchar aquel acento, tan dulce y tan cariñoso, y al verse hecha objeto de la atención general, sintió una confusión mayor y mayor angustia que antes.

Ricardo, á su lado, la contemplaba con afán.

Comprendia que sus palabras habian sido causa de aquel desmayo, y se arrepentia en el fondo de su corazón, jurando remediar aquel mal.

La primera mirada de Elena se encontró con la suya, y vió en ella tanto amor y tan inmensa ternura, que lo olvidó todo y la esperanza volvió á su corazón.

Entre todas aquellas personas que rodeaban á la joven, él solo se creyó con derecho á prodigarla sus cuidados, y se acercó á ella intentando sostenerla para volver al salón.

Ella casi repuesta, mas por el anhelo que leia en el semblante de Ricardo, que por las sales, que aspiraba, intentó levantarse y se apoyó en su mano.

Aquella mano estrechó la suya, mientras él la decia inclinándose para que nadie pudiese oírle:

—Elena, Elena mia!

—Oh! gracias, murmuró ella muy bajo; gracias! creí morir, pero ahora....

—Volvamos al salón, dijo Fanni en aquel momento, echando un ligero abrigo que acababan de traerla, sobre los hombros de Elena: volvamos al salón, allí estarás mejor.

—Sí, sí, vamos, repitió el banquero que respiraba con mas libertad al ver á Elena vuelta en sí.

Y adelantándose para interponerse entre ésta y Ricardo, la ofreció el brazo volviendo á decir:

—Vamos.

La joven vaciló un momento y miró á Der-
vil con ansiedad.

—Vamos, hija mia, repitió Héctor acentuando mucho esta frase:

Elena, dominada por ella, le tendió su diestra y se dirigieron todos á la escalera.

Ricardo quedó solo un instante, y al verlos alejarse se llevó ambas manos á la frente, oprimiéndola convulsivamente sin explicarse lo que le ocurría.

—Oh! murmuró para sí; esto es para volverse loco.

—Sufre V.? preguntó entonces una voz dulcísima y suave á su espalda; sufre V.? acaso se ha puesto malo tambien como Elena?

—No, Fanni: no, señorita; es que....

—Yo temí....

—Perdone V. si le he causado alguna inquietud. Y dando algunos pasos se dirigieron ambos tambien al interior de la casa.

Elena habia subido la escalera, guiada por Héctor, que aprovechando un instante en que nadie pudiera oírlos,

—Hija mia, la dijo: es preciso que hablemos á solas y libres de todo temor, para tratar del porvenir.

—Sí, respondió ella; pero cómo? cuándo?

—Pronto, oh! pronto, mañana....

—Pues bien: mañana haré que Águeda me acompañe á San Ginés, ella es fiel y guardará el secreto; espéreme V. allí.

—Júrame, entre tanto, no hablar una palabra de esto á ese hombre.

—Á quién?

—Á Ricardo.

—Padre...

—Júramelo! este es mi primer ruego.... mi primer mandato.

—Pues bien, lo juro; dijo la niña viendo que ya iban á oírlos: lo juro.

—Y no faltarás?

—No, á las seis estaré en San Ginés y mi abuelo nada sabrá tampoco, porque se levanta mas tarde.

—Basta ya! nos miran todos.

Nadie, sin embargo, se apercibió de aquella cita misteriosa, dada entre un padre y una hija, que acababan de reconocerse despues de tantos años de separacion.

Elena, fiel á su palabra, evitó la ocasion de cruzar una frase con Ricardo, creyendo que aquel la exigiria una explicacion de su conducta.

Con el pretexto de su indisposicion, manifestó deseos de volverse á su casa, y Fanni la acompañó, en atencion á su mal estado.

—No digas nada á mi abuelo de mi pasajero desmayo, la dijo al salir Elena: no ha sido nada, y el pobre anciano se alarmaria sin razon.

—Dices bien: ¿á qué causarle un pesar, sobre todo, cuando ya estás buena? pero á la verdad te confieso que á mí tambien me ha sorprendido este incidente, y no sé á qué achacarlo.

—No lo extrañes, amiga mia, tanta gente, las luces, la comida.... todo me trastornó: estoy tan acostumbrada á la soledad y al silencio....

—Pero qué te dijo mi padre?

—Él? oh! nada; me preguntó por mi madre.... me dijo que te amaba mucho.... y nada mas.

—Y al preguntarte por tu madre te afligió, ya lo comprendo; yo sé la impresion que esto te causa, y.... ya hemos llegado; procura á tu vez que D. Martin nada sospeche.

Las dos jóvenes se hallaban efectivamente á la puerta de la morada de Elena.

D. Martin no se habia recogido aun, y al verlas exclamó:

—Tan temprano! yo creí....

—Elena no ha querido dejar á V. solo por mas tiempo, y me ha suplicado que la permitiese volver.

—Gracias, gracias, hija mia! y te has divertido? has estado contenta?

—Mucho.... tanto, que estoy fatigada y voy á recogerme si V. no me necesita.

—Sí: vé, vé.

—La música, el ruido me han trastornado un poco, y deseo dormir hasta mañana.

—Sí, hasta mañana, y no te levantes temprano, lo oyes?

—Elena besó la frente de su abuelo; Fanni se volvió á su casa, y D. Martin mandó á Águeda que le llevase una luz á su cuarto para recogerse tambien.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

¿CUANDO VUELVES Á TU PATRIA?

Á MI SIMPÁTICA AMIGA, AGUSTINA ANDRADE.

Irradiacion de ese astro
Que, al través de la distancia,
Disipa con sus fulgores
Las tinieblas de mi alma:
¿Cuándo vuelves á tu cielo
Á derramar tu luz plácida?

Azucena de ese huerto
Donde los ángeles bajan
Á hacer coronas de flores
Para ornar sus frentes castas:
¿Cuándo vuelves á tu tallo
Á dar perfumes á el aura?

Tierna virgen de ese templo
De dulcísimas plegarias.
Dónde, entre nubes de incienso,
La fe hasta Dios se levanta:
¿Cuándo vas á tus altares
Á difundir la esperanza?

Bella torcaz de ese bosque
Que ostenta sobre su espalda
Un verde manto, cubierto
Con perlas que llora el alba:
¿Cuándo vuelves á tu nido
Á tender al sol tus alas?

Onda de luz de ese lago
Donde las sirenas cantan
Y el ángel de los amores
Tiernos suspiros exhala:
¿Cuándo vuelves á tu lecho
Cercado de espumas blancas?

Luz, azucena, paloma,
Virgen y onda perfumada,
¿Cuándo dejas este suelo
Para volver á tus playas?.....
¿De los ángeles del mundo,
Allí, Agustina, es la patria!

G. Méndez.

Buenos Aires, Agosto de 1876.

EL REY CIEGO.

LEYENDA MORA.

(Continuacion).

—Miserable ciego, tus ojos cerrados á la luz, son murallas para mí mas impenetrables que las torres de la Alhambra.

—No, Boabdil, no: mis ojos sin luz no te lo impiden: los recuerdos de mis hazañas, que está el leon amortiguado por la calentura, y temes se le disipe y te despedace.

—Abdalá!

—Boabdil!

—Necio de mí, estóime enfureciendo como un loco delante de un castillo sin defensa; la mano de Alá le castigó dejándole ciego, qué rigor mas fiero voy á añadir á tamaña desventura?

—Desventura! y ¿habla de desdichas agenas el Togoibi? privóme de la vista por codicia de mis riquezas el kalifa de este imperio, y á fé que á menor precio no pudiera comprar en esta tierra extranjera mas grande ventura; que siempre vá mi ánima soñando con recuerdos de la patria, y de este ensueño delicioso nunca he de desper-

tar. Los vientos que agitan estos árboles africanos, paréceme que se están meciendo en los bosquecillos de azahar del apuesto Generalife; la familia africana que en su aduar recibe al *rey ciego*, créome que beben las aguas del Dauro y del Genil, y este suelo de destierro que pisan mis piés, paréceme que es el suelo bendito donde nació aquella sombra de Alá y rey de los reyes, Aben-Al-hamar el Nazarita. Y es mucha mi fortuna caminar con esta dicha dentro del alma, porque jamás he de abrir los ojos para encontrarme con la triste realidad. Tú, Boabdil, que ojos abiertos tienes, en dónde se encuentra aquí la Alhambra? En dónde aquella morisca almena, á cuya sombra exhaló tu pecho la primera trova de amores? En donde el circo anchuroso, en cuya arena por primera vez humillaste la arrogancia de un castellano? Y de noche, cuando sueños mas ideales finge la fantasía, mira y advierte que la luna no ilumina aquí la cumbre mas alta de aquella sierra de nieve, donde es fama está el sepulcro de tu padre Muley-Hacem. Boabdil, este no es el valle de Andarax, donde los silfos y las hadas velan el sueño eterno de la sultana Moraima, ni aquí está aquella colina regada con tu llanto, desde donde se distingue con sus torres y sus rios la hermosa ciudad por tí perdida.

—Por Ebbis, gritó Boabdil desenvainando su puñal y arrojándose sobre Abdalá; que han de callar para siempre los labios que así me insultan.

Pero en aquel momento dos delicadas manos le sujetaron por detrás, y una voz dulce le dijo: —Príncipe y señor; qué vas á hacer con ese pobre ciego?

—Ah! exclamó Boabdil encantado, viendo que quien le sostenia era una muy hermosa doncella, vestida á la usanza mora, ¿eres un espíritu bajado del cielo para impedir que mis manos se tiñan en la sangre del hermano de mi padre?

—No, contestó con voz de ángel la aparecida; yo soy una pobre niña, que apoya al anciano caído, cuando pobre y ciego, todos le vuelven la espalda. Mira, señor, allá van tus vasallos en busca tuya; vete á reinar sobre ellos, y deja á este anciano con sus ensueños de ventura.

—Sí, vete, dijo el Zagal subyugado por la voz de la doncella; vete á tus alcázares de Fez, y dile al kalifa que soy feliz sin los ojos que él me quemó.

Y Boabdil, dominado por las palabras del Zagal y la presencia de la doncella, humilló la cabeza y se retiró de aquel lugar, diciendo:

—¡Mal haya mi fortuna; por todas partes encuentro la dicha huyendo delante de mí!

En esto un ginete pasó á la carrera por el lugar en que el Zagal habia quedado con la mora, lanzándola una mirada al tiempo de cruzar.

Boabdil sintió el trote del caballo, volvió la cabeza y exclamó reconociendo al ginete:

—Ah! ¿eres tú, Aliatar? rendido estoy, dame corcel y guíame á donde se encuentran mis fieles.

—Loado sea Alá, que al fin te veo. Por la santa Meca que ha sido esta mala caza, perdiéndote tú, Zidi Boabdil; dijo Aliatar, y obedeció las órdenes de su Señor.

III.

Y aquel anciano de frente venerable, de luega barba de plata, de ojos ciegos y vestido de andrajos, era, en efecto, Abdalá; aquel rayo de la guerra en cuya mirada lucia la colera del leon, y en cuyas manos el acero era la espada del ángel de la muerte. En su frente descansó aunque por tiempo breve, la corona de los reyes moros de Granada, y los esclavos aguardaban de rodillas en las gradas de su trono á que sus labios se movieran en señal de mando, para acatar al punto sus leyes. Á Fez vino despues que el pendon castellano ondeó en las torres de la Alhambra, y como traia riquezas sin cuento y alma gigante dominadora, cobróle miedo y envidia Muley Hamet el Benimerin, kalifa de Fez, y le aherró en un calabozo, robándole los bienes; y no paró aquí su perfidia, sino que temiendo se fagara y armas hiciera contra él, mandó á sus verdugos le quemaran los ojos con piedra de corófar hecha ascua. Por eso anda ahora de aduar en aduar, pobre y ciego, mendigando el pan que se ha de llevar á la boca, y como ojos no tiene con que recrear su espíritu abatido y triste, ha trasportado su ánima á la tierra donde naciera, y aun cuando en Fez tiene el cuerpo, en Granada vive solazándose de continuo con sus recuerdos. Pero algunas veces, aunque muy raras, el leon despierta y se mira pobre y miserable, y sin garas con que luchar, y entonces llega su desesperacion á tal punto, y cobran sus miembros tal vigor, que sería nuevo Sanson si en el palacio del kalifa Benimerin se encontrara.

Kengie, la hermosa doncella mora que con él está á orillas de la fuente, viénesele apareciendo ya há muchos dias, siempre en ocasion de salvarle de algun riesgo, ó para traerle alimento cuando le ha faltado la limosna de los árabes. Dias enteros ha pasado en su compañía, cuando al viejo aquejaba dolencia alguna, y hále dicho tales cosas para su consuelo, que hasta se ha olvidado el Zagal de soñar despierto en los pla-

ceres de su patria. Por eso tiene á Kengie el mismo respeto que habria á las mujeres designadas como santas por el Profeta.

IV.

Y se retiraron de la fuente con paso acelerado el viejo y la doncella, y á la gruta se dirigieron, en donde pasa el ciego las noches que no es recogido en los aduare.

Ya dentro de la gruta, en la que solo se veia un lecho de hojas secas, cerró el Zagal la entrada con ramaje y volviéndose á la doncella la preguntó:

—Y qué es eso, Kengie, que con tanto misterio me quieres consultar? habla; ya estamos solos y nadie vendrá á interrumpirnos; ya sabes tú cuán respetada es la gruta del rey ciego.

—Oh! sí; dijo Kengie con dulce voz, tanto como es respetada la virgen de los valles que consuela en la afliccion.

—Alá la torne á la patria de que fué arrancada.

—Él la dé fuerzas para cumplir su destino, y á tí te ilumine en el consejo que me has de dar, para que la sangre de los hijos de Fez no se vierta á manos de los Jerifes.

—¿Cómo, esos guerreros tambien querian colocar su bandera sobre las ruinas de Fez, como la han elevado en Marruecos?

—Si, Abdalá: aquí se dirigen al frente de sus bárbaros que cabalgan en corceles, hijos de los vientos. ¿Qué haré yo para que tornen brida en las fronteras de este imperio? Aconséjame tú que has encanecido en las batallas y mucho has de alcanzar en los ardidés de guerra.

—Oh! pero ¿quién eres tú que á tanto te atreves? que quieres levantar valla al torrente desbordado, que amenaza inundar este suelo. Más que el Koran has leído tú; que las páginas de ese santo libro no han formado entre nuestras mujeres un corazon que se parezca al tuyo. Pides consejo al viejo encanecido en los combates.... Oh! yo siempre busqué ardidés para luchar y nunca para evitar la contienda. Si en mis ojos hubiera luz, barrera de valientes habia de levantar en las fronteras, á cuyo aspecto de bravura, miedo cobraria el corazon de los Jerifes. Ah! Muley Hamet, Muley Hamet, para tu mal cegastes al leon que fuera tu defensa; tu ambicion lo quiso así, defiéndete solo, si tienes poder contra esos usurpadores.

—No, Abdalá: dame consejo para que la sangre no se vierta.

—Vertiera hasta la última gota el Kalifa, que yo consejo no te habia de dar en favor suyo.

—Pero no has alabado muchas veces la mano que te cegó. ¿Cómo ahora te tornas su enemigo?

—Alábanlo mis labios, cuando tengo el alma llena de recuerdos de la patria, y los ojos no puedo abrir para ver la tierra extranjera, pero ahora que es tiempo de guerra, y no los tengo para luchar, queria yo que recibiesen luz por un momento, para despedazar la mano que cegar los mandará.

—Ay! Abdalá! Tú no eres feliz porque no perdonas. Mucho se llenaría de gozo tu corazón, cuando despues de reñida batalla, huyeran delante de tí los enemigos, y por doquiera se escuchara el roncó grito de «victoria por el Zagal», pero yo te aseguro que un placer mas supremo ha de experimentar tu alma, si ahora el consejo me das, y tus palabras evitan la ruina de tu enemigo.

—No, no: su ruina, su ruina; es mas sabroso el placer de la venganza.

—Ah! no, no: tu perdon, tu perdon; es mas dulce el placer de la caridad.

—Callóse el Zagal, y despues de un momento de reflexion, dijo:

—Si no reinaran en tí ideas tan estrañas é incomprendibles, mucho me habias de ayudar en la empresa de mi venganza.

Kengie no respondió á aquellas palabras y Abdalá continuó:

—Tú debes ser hermosa más que el arcángel Israfil, y tus ojos de fuego incendio prenderán en el corazón de los que miren; tú podrias enloquecer de amor, á uno de los walis del Kalifa, para que en medio de la contienda con los Jerifes, se tornara á favor de estos guerreros y fuera cierta la derrota de Muley Hamet.

(Continuara).

Francisco Jimenez Campaña.

VARIETADES.

BERNADETTE SOUBIRONS.

Bernadette Soubirons, la humilde jóven de Lourdes, á quien ha hecho célebre en todo el mundo la aparicion de la Santísima Virgen, no ha muerto, como se asegura. Vive, pero siempre enferma y víctima de crueles padecimientos. Es raro el caso en que una persona, favorecida por gracias especiales del cielo, deje de padecer en la tierra alguna enfermedad penosa; y de esta ley general, que tiene poquísimas excepciones, no ha estado exenta la singularísima y envidiable pastora.

De un año á esta parte Bernadette, (que en religion ha tomado el nombre de sor María Bernarda), se halla en un estado de salud verdaderamente deplorable. Los órganos digestivos no funcionan sino con intermitencia; durante meses enteros es víctima de crisis doloro-

sas, que se suceden casi sin interrupción, seguidas frecuentemente de vómitos de sangre.

A pesar de su cristiana resignacion y de su paciencia, la es imposible sofocar los gritos que el dolor la arranca. En tiempo normal y cuando todavía no es presa de la crisis, se sienten salir de su pecho ciertos ronquidos estridentes, continuos, que se oyen á cincuenta pasos de su lecho. La terrible enfermedad que la aqueja la da á veces una semana de tregua. Vésele entonces recobrar su alegría expansiva y la inalterable jovialidad de su juventud, como si estuviese sana; su buen humor llena todo el convento; va de una á traó de sus hermanas, servicial, cariñosa y amable con todas. Mas de pronto, y en un momento, sin indicio alguno, sin que la más ligera indisposicion la prevenga, cae en la cama como herida de un rayo.

Sor María Bernarda cuenta treinta y dos años; despues de un breve noviciado profesó hace doce años, y poco despues fué destinada al monasterio de *Saint Guillard* de Nevers, que es la casa matriz de las hermanas de la Caridad. Es baja y de delicadísima complexion, y las líneas de su cara, que es ovalada, son bastante regulares, y á pesar de los continuos y violentos ataques que padece, es todavía su mirada dulce y sonriente.

En la semana última, queriendo sacar partido de una hora de calma relativa, Bernadette manifestó deseos de subir hasta la tribuna de la capilla para asistir al oficio divino y acercarse á la sagrada Mesa. Su médico Mr. Roberto Saint-Cyr, que la asiste con especial cariño, se opuso, al principio, pero cediendo, al fin, á las vivas y repetidísimas instancias de la religiosa, la cedió el solicitado permiso, encargándola, sin embargo, que guardara la más exquisitas precauciones.

Algunas hermanas la condujeron sosteniéndola por los brazos, ó mejor dicho, la trasladaron á la capilla. En toda la iglesia se oía su estridente ronquido, y el sacerdote que celebraba tuvo que esperarse largo rato en el comulgatorio hasta que al fin logró acercarse á la enferma y recibir á Jesús Sacramentado.

Por mas que no pueda sofocar sus desgarradores gritos, ni una sola palabra de amargura se escapa de sus labios. Uno de estos dias la cocinera la habia preparado dos ó tres pajaritos, y la enferma no pudo tomarles por presentársela el ataque. «Muy bien, dijo esta, con su dulce y casi infantil sonrisa, ahora si que han volado mis pajarillos.»

Sor María Bernarda ha sido siempre humildísima, y lo que siempre ha rogado á su superiora es que la libere de la curiosidad pública. «La Virgen Santísima, repite á menudo, se dignó aparecerse á la infima de sus siervas: ¡Qué leccion para todos! ¡Y qué culpables sereis si quisiérais ensalzarme!»

Su mas ardiente deseo es poder volver otra vez á su amadísima gruta. Religiosa, modesta y obediente, sor María Bernarda posee una piedad dulce y profunda. Su fe jamás ha presentado señal alguna de exaltada, de excesiva, ni de alucinada; y en esto deben convenir los incrédulos y los creyentes, pues es imposible poner en duda lo sincero y leal de su alma.

Ya es sabido que sus padres han muerto; su hermana vive casada en Lourdes, y su hermano, que tiene unos quince años, está en el colegio eclesiástico de Garaisons, y se prepara para ejercer más adelante el sagrado ministerio sacerdotal.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.